

POSICIÓN SOCIAL Y APROXIMACIÓN ENTRE LOS SEXOS El “Tratado de Amor” de Andrés el Capellán

JOSÉ-LUIS MARTÍN

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Aunque el tema ofrece múltiples posibilidades, no intentamos en este breve artículo hablar de las dificultades, de las barreras sociales, que impiden la aproximación entre personas de distinto sexo¹, sino tan sólo recoger los planteamientos teóricos que hace en su obra Andrés el Capellán para quien, aunque *todos los hombres provenimos de un mismo tronco y todos tenemos por naturaleza el mismo origen... entre las mujeres, unas son plebeyas, otras pertenecen a la baja nobleza y otras a la alta nobleza. Lo mismo sucede con el hombre: unos son plebeyos, otros de la baja nobleza, otros de la alta nobleza y otros de la más alta*, y la posición social del varón arrastra, en el matrimonio, a la de la mujer: *ésta al casarse troca su nobleza cambiándola según la categoría de su marido. En cambio, la nobleza del varón... no puede cambiarse en ningún caso por la de su mujer*².

Basándose en la diferenciación social entre hombres y mujeres, Andrés el Capellán distingue el amor entre *plebeyo-plebeya*, *plebeyo-dama noble*, *plebeyo-mujer de la alta nobleza*, *noble-plebeya*, *noble-dama noble*, *hombre de la alta nobleza-plebeya*, *hombre de la alta nobleza-mujer noble* y *hombre de la alta nobleza-dama de la alta nobleza*³. A los órdenes citados hay que añadir entre los varones un orden

1. Baste recordar cómo el administrador de los bienes de Güelfa, tras alabar a Curial y pensar en él como posible amante de Güelfa, *malai la pobretat del jove... car vijares li era que si aquell fadri hagués alguns pocs de béns, sens tot dubte vendria molt valerós; de qué la Güelfa, mostrant haver compassió, pres càrrec d'ajudar-lo e, a despit de la pobretat, fer-lo home. E tantost manà al dit Melchior que el se'n menàs a casa sua e que, no descobrint-li d'on li venia, lo metés en bon estat, e li donàs de l'argent tant com lo dit curial ne voldria e en sabria despendre* (Curial e Güelfa, a cura de Marina Custà. Pròleg de Giuseppe E. Sansone, Barcelona 1979, págs. 26-27). No menos significativas son las palabras y la actuación de Álvaro de Luna cuando se entera de que la reina prepara su casamiento con una de sus damas no excesivamente rica: *fue tanto turbado e fuera de sí, que sin otro detenimiento se partió de la cámara donde la Reyna le avia mandado estar, e fabló con algunos grandes de la corte quexándose de aquel fecho, e diziendo que se tenía por muy desdichado por la Reyna aver querido tener aquella manera con él, siendo él un caballero pobre, e tanto moço, e quererlo ella trabar con una doncella pobre tan prestamente..* (Crónica de Don Álvaro de Luna. Edición y estudio de Juan de Mata Carriazo, Madrid 1940, pág. 90).

2. Utilizo la edición y la traducción castellana de Inés CREIXELL VIDAL-QUADRAS, Barcelona 1990. Las líneas citadas pueden verse en las páginas 73-75.

3. El solo enunciado de los epígrafes pone de manifiesto la superioridad o preeminencia del hombre sobre la mujer, idea que se repite constantemente y lleva en las páginas finales del Tratado a negar la posibilidad de un amor correspondido porque *la mujer sólo busca en el amor enriquecerse...; todas las mujeres, por la naturaleza de su sexo, están manchadas con el vicio de la mezquindad y de la avaricia... Por avaricia todas las mujeres son ladronas... No hay mujer, por ilustre que sea su linaje o por elevada que sea su dignidad y grande su riqueza, que no rompa su pudor ante una ofrenda de dinero... Además, la mujer no sólo es considerada avara por naturaleza, sino también envidiosa, maldiciente, ladrona, esclava de su vientre, inconstante, inconsecuente con sus palabras, desobediente, rebelde a lo prohibido, manchada con el vicio de la soberbia, árida de vanagloria, mentirosa, borrachina, charlatana incapaz*

más que respecto a la mujer, porque hay un tipo de hombre mucho más noble, como es el clérigo (pág. 75) cuya superior categoría procede del cargo sagrado, y aunque éste le obliga a rechazar todo placer carnal y conservar su cuerpo limpio de toda mancha... sin embargo, ya que casi nadie vive sin el pecado de la carne y que la vida de los clérigos transcurre más expuesta a la tentación de la carne que la de los demás hombres, debido a sus muchos ocios y copiosas comidas, el Capellán aconseja que, si alguno quiere dedicarse a las lides amorosas, que hable e intente militar al servicio del amor según su rango y clase social, tal como enseña la teoría de las clases sociales que intentamos resumir partiendo del texto de Andrés el Capellán⁴.

En la escala inferior de la sociedad, fuera de cualquier orden y casi de la condición humana, se encuentran los campesinos entre los que difícilmente puede darse el amor: *ejecutan las obras de Venus tan naturalmente como el caballo y la mula, tal como les enseña el instinto natural* y, en el improbable caso de que algunos sintieran el aguijón del amor, no debería enseñárseles *la doctrina del amor pues mientras piensan en actividades ajenas a su naturaleza abandonan su trabajo, y las propiedades de su señor dejan de producir por falta de alguien que las cultive*. Tampoco la mujer campesina merece la atención amorosa de plebeyos o nobles, y si te llegara a atraer el amor con una de esas mujeres, *guardarte de alabrarlas demasiado y, si hallaras un lugar oportuno, no te demores en tomar lo que deseas y en poseerlas por la fuerza pues nunca confesarán estar dispuestas a entregarse si antes no remedias oportunamente su pudor con una pequeña coacción⁵.*

La aproximación de un plebeyo a una mujer plebeya se inicia con el saludo habitual al que seguirá un tema de conversación banal: *no hay que empezar a hablar de amor inmediatamente después del saludo, pues un inicio tal sólo procede con las prostitutas*; el hombre dejará que tome la iniciativa de la conversación la mujer pero si el silencio se prolonga en exceso *entabla tú con prudencia la conversación. Primero propone un tema que no tenga que ver y que contenga alguna broma, o bien*

de guardar un secreto, lujuriosa en exceso, dispuesta a todos los vicios e incapaz de sentir amor por un hombre (págs. 393-395) como intenta demostrar el Capellán en las páginas 395-411.

4. El texto sobre el amor de los clérigos puede verse en la pág. 265, y en la discusión que se entabla entre dos miembros de la alta nobleza (págs. 231-239).

Aunque nada se diga de la pertenencia de las monjas a un cuarto orden social femenino, de ellas se habla a continuación para indicar que del amor de las monjas hay que huir como de la peste y que por esta razón se niega a enseñar a su alumno *las palabras que hacen falta para hacerles la corte*. Si un experto en el arte del amor como Andrés ha estado en más de una ocasión a punto de caer en este peligro, *¿cómo podría tu inexperta juventud enfrentarte a él? Así pues, amigo mío debes huir de esta clase de amor, y evitar encontrarse a solas con alguna religiosa pues si ella llegara a considerar el lugar apto para juegos lujuriosos, no tardará en entregarte lo que deseas y en procurarte fogosos placeres, con lo que... llegarás a cometer pecados funestos (pág. 269).*

5. Pág. 283. El maestro no pretende orientar al discípulo en esta dirección pero aconseja *para que puedas aprender con esta breve doctrina qué actitud has de tomar si en tu imprudencia te vieras impulsado a amarlas.*

elogia su patria, su familia o a ella misma...⁶. Después de estas palabras sin importancia puede entrar en materia con lo que podríamos llamar un piropo hiperbólico: Cuando el ser divino te formó, no le quedó nada por hacer: nada veo que falte a tu hermosura, nada a tu sabiduría; en una palabra, de nada careces excepto que, en mi opinión, a nadie has favorecido con tu amor, fallo que se ofrece a remediar si ella lo acepta. La mujer acusa al enamorado de mentir por atribuirle unos méritos o virtudes⁷ que difícilmente pueden corresponder a mujeres que procedan, como ella, de la plebe. El amor y las buenas costumbres convierten a la plebeya en noble, según el enamorado: no fue tu nacimiento ni tu sangre lo que te concedió la nobleza, sino que tu singular virtud y el conjunto de tus costumbres te enriquecieron con la más digna de las noblezas, y sus palabras dan pie a la amada para rechazarlo: puesto que tú no eres más que un plebeyo, procura unir tu amor a alguna de la plebe, que yo buscaré el amor de un noble conforme a mi rango⁸. Ante estas palabras, el varón recordará que también los hombres plebeyos pueden ennoblecerse por sus buenas costumbres, e intentará convencerla de que éste es su caso por lo que nada debe oponerse a su amor desde el punto de vista social⁹.

Al dirigirse a una dama noble, si ésta *aunque noble, parece ingenua*, puede utilizarse el mismo procedimiento que cuando se busca el amor de una plebeya, pero si se trata de una mujer inteligente deberán moderarse los elogios a su belleza para que no piense que *la adula en falso y la toma por tonta*. Iniciará luego el ataque de manera no menos exagerada que en el caso anterior insistiendo ahora en que el amor permite *militar en su ejército sin fijarse en la belleza ni en el linaje ni en el sexo y sin establecer diferencias por el nacimiento*, a pesar de lo cual el solicitante ha de tener en cuenta que pueden ponerlo en su sitio, que pueden recordarle que no hay lugar en el corazón de una mujer noble para quien *a lo largo de toda la semana se dedica con toda su alma a los diversos beneficios del comercio y en el séptimo día... intenta dedicarse a los goces del amor, a deshonorar sus mandatos y alterar las categorías sociales establecidas para el hombre desde la antigüedad*, para que *cada uno se mantenga dentro de los límites de su linaje y viva contento de todo en ellos, y para que nadie se atreva a usurpar para sí lo que ha sido establecido por la naturaleza para la clase superior... Puede oír, además, que su fatuidad debe ser*

6. La mayor parte de las mujeres aprecian que se les estime y creen fácilmente todo lo que parece relacionarse con un cumplido, sobre todo las plebeyas y las campesinas (pág. 77).

7. Hermosura, sabiduría y prudencia.

8. *Pues la nobleza y la clase humilde, entre personas de distinto sexo, "no armonizan bien ni moran en una misma sede"*, frase que se toma de Ovidio (pág. 78, nota 25), del que podríamos recordar, en el mismo sentido, las palabras con las que niega haber mantenido relaciones con Cipasis, camarera de Corina: *¡Concédanme los dioses algo mejor, cuando tenga deseos de ser infiel, que sentir placer con una amiga innoble, de condición humilde! ¿Qué hombre libre querría entablar relaciones amorosas con una sirvienta y abrazar una espalda señalada por los latigazos?* (Amores, II, 7, págs. 269-270 de la edición realizada por Vicente Cristóbal López, Madrid 1989).

9. Superadas las objeciones sociales, el maestro previene a Gualterio sobre otros reparos que puede hacer la dama según el solicitante sea, respecto a ella, viejo, joven, más o menos virtuoso o instruido..., aspectos en los que, por ahora, no entraremos.

reprimida, ya que siendo indigno buscas una amante de alto linaje, y tendrá que aceptar tan duras palabras poco menos que como un cumplido, una respuesta benigna y afable como corresponde a persona de noble linaje que, añadimos nosotros, no se dejará convencer por los argumentos del plebeyo, no reconocerá su nobleza: tu integridad no te incluye en la nobleza, pero te favorece para ser considerado un buen plebeyo, y digno del amor de una buena plebeya... Tú por ser de clase distinta, eres indigno de mi amor...; y si de nuevo intenta defender sus opciones, nuevamente le recordarán que *el oro está más en su sitio en la mesa real que en casa del pobre o en la choza del aldeano, y más honroso es montar un caballo trotón y esbelto que un asno gordo y de paso lento*¹⁰. Mucho más difícil es, lógicamente, que un plebeyo sea aceptado por una dama de la alta nobleza pues *por mucho que alguien de la plebe sea considerado virtuoso, desentona demasiado, y hasta el mismo vulgo juzga degradante y humillante que una condesa o una marquesa... conceda su amor a un plebeyo, aunque puede tener éxito la modestia y mover a la dama noble a instruir en las reglas del amor a quien, por su origen, ignora la doctrina*¹¹.

El noble que se acerca a una plebeya, tras saludarla, puede sentarse a su lado, sin pedir permiso pues así lo permite su mejor condición social: *siempre que un varón goce de mayores privilegios sociales que la mujer, puede sentarse a su lado sin permiso, si quiere*. Si se encuentra ante una igual, el hombre ha de pedir licencia para sentarse, y si se trata de una mujer de un orden superior el permiso se pedirá para sentarse no al lado sino en un sitio inferior y sólo se sentará a su lado si ella lo pide. Sentado o de pie, el noble preguntará a la plebeya, en nombre del Amor, si es mejor alabar la integridad moral de una mujer noble o de una plebeya, *de una de la que se sabe que carece de un noble origen*. En la discusión que sigue, la dama plebeya defiende el punto de vista nobiliario: *parece más digna de alabanzas la nobleza de sangre...; la integridad moral es más acorde a la sangre noble que a los que proceden de un tronco plebeyo...; busca pues el amor entre los de tu propia clase y no intentes atacar a una mujer que pertenezca a otra...;* y el noble, galante, reconoce que más vale buscar *el amor de una plebeya de gran integridad moral que el de una noble que también goce de ella... razón por la que te he elegido a ti sola entre todas las mujeres para que seas mi dueña*...¹². El mismo discurso sirve a un miembro de la alta nobleza para abordar a una plebeya, a la que fácilmente podrá convencer de que *sólo un conde o alguien superior a él es digno de vuestro amor, ya que no conviene que tanta belleza y tanta integridad moral elijan un amante de entre la plebe*, aunque la plebeya responda a las primeras insinuaciones con una metáfora venatoria: *¡Oh, cuán extraño debe ser el azor que, olvidando las perdices, las grullas y los faisanes, busca su presa entre los pajarillos y los pollos!* y con unas consideraciones sobre su posición social: *si nuestras relaciones llegaran a oídos*

10. Págs. 91-106.

11. Puede verse el texto en las págs. 106-121. Las reglas del amor ocupan las páginas 116-121.

12. Pág. 125. Los juegos de palabras "sociales" carecen de sentido cuando el noble se dirige a una dama de su clase; puede abrirle su corazón con las siguientes palabras: *Tanta nobleza se desprende de vos y tanta cortesía se digna realizaros...* (pág. 133).

del vulgo, todos destruirían mi reputación criticándome en público por haber sobrepasado los límites de mi condición natural... Además, un hombre de la más alta clase social no suele amar fielmente a una mujer de rango inferior, sino que, si la ama, y enseguida se cansa de su amor... (págs. 164-165).

Cuando un hombre de la alta nobleza se dirige a una dama noble puede utilizar los mismos argumentos que utilizaron con la plebeya el hombre noble y el hombre de la alta nobleza, con excepción de lo que hace referencia al valor de su nacimiento; tampoco debe insistir mucho en alabarse por su nobleza...¹³ y siempre, especialmente cuando aborde a una dama de la alta nobleza, debe evitar palabras que puedan merecer reproche porque *la mujer, tanto si pertenece a la baja nobleza como a la alta, está siempre dispuesta y decidida a criticar los hechos y las palabras de un caballero de la alta nobleza, y si puede ridiculizarlo elegantemente con sus dichos se recrea en ello* (pág. 203) y así lo hará la elegida del gran noble al reprochar a éste la pobreza de sus vestidos, actitud que será calificada de plebeya por el noble: *las mujeres plebeyas son las que ponen todas sus esperanzas en el ornato del vestido; en cambio, las mujeres nobles e inteligentes rechazar tal ornato si no va acompañado de un cuidado moral... Dejad pues estas pobres palabras para las plebeyas –como suele decirse–, y buscad otras razones para que se pueda manifestar la nobleza de vuestro linaje...* (págs. 213-214), que es el que decide en las cuestiones de amor.

13. Pág. 175